



BAUTISMO DEL SEÑOR*

**“Y vino una voz del cielo:
Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado”**

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Isaías 42,1-4.6-7. Hech, 10, 34-38; Lucas 3, 15-16. 21-22

A los ocho días de la Epifanía se celebra la fiesta del bautismo de Jesús y con ella concluye el tiempo litúrgico de Navidad. La experiencia vivida en el bautismo, como indican los tres evangelios sinópticos, marcará definitivamente el camino de Jesús, guiado por el Espíritu de Dios.

Lucas, que nos ha ofrecido algunos detalles sobre la infancia de Jesús, lo había dejado en Nazaret en su entorno familiar. No nos dice nada explícito sobre el interés de Jesús por la predicación del Bautista, pero el relato del bautizo nos permite suponer que le conmovió hasta hacerlo desplazarse a su encuentro en el Jordán. Lo presenta cuando “todo el pueblo se estaba bautizando”, insinuando así que por el momento estaba como uno más a la escucha de Juan, participando en el rito bautismal en el Jordán. El acontecimiento, que Lucas quiere resaltar, ocurre “ya bautizado”; no es propiamente un efecto del bautismo de Juan. Es manifestación –“epifanía”- de Dios a Jesús mismo, “que se hallaba en oración”, y, de alguna manera, en Jesús para “todo el pueblo (que) se estaba bautizando”.

Lucas recoge, con matices propios, tres apuntes del evangelio de Marcos, que es una de sus fuentes: “se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo... y vino una voz del cielo: Tu eres mi hijo, yo hoy te he engendrado”. En Marcos se dice: “Jesús vio...”; en Lucas “se hallaba en oración”. Lo que se describe corresponde más a una experiencia personal de Jesús que a un hecho exterior comprobable para todos los presentes. En su oración, a Jesús se le abre una comunicación singular, cercana, del misterio de Dios, que le revela lo que se espera de él. La comunicación es la presencia del Espíritu, que desciende sobre él y se apropia de él, guiándole hacia el desierto (4,1), en la vuelta a Galilea (4,14) y en su presentación en la sinagoga de Nazaret (Lc,4,14.18). Jesús será en adelante el hombre habitado y conducido por el Espíritu “para anunciar a los pobres la Buena Nueva... dar vista a los ciegos y libertad a los oprimidos” (Lc.4,18). Y “la voz del

* Ciclo C

cielo”, la del Padre, revela a Jesús como “hijo amado”. Descubrimos ya una perspectiva trinitaria en esta manifestación de Jesús: El Padre, que envía su Espíritu, constituye a Jesús como Hijo amado.

El cielo abierto se hace voz reveladora de la más honda intimidad de Jesús: “Tú eres mi hijo, yo hoy te he engendrado”. Lucas acomoda dos textos bíblicos. La primera parte, recogida del relato de Marcos, que a su vez se inspira en el texto de Isaías, leído como primera lectura. La segunda parte está tomada del Salmo 2, de claro contenido mesiánico. La voz del Padre revela a Jesús mismo su identidad de Hijo y de Mesías, que se irá desplegando a lo largo de todo el evangelio.

La primera lectura, tomada del “primer Canto del Siervo de Yahvé” (Is.42), sirve de trasfondo aclaratorio de la “voz del cielo” sobre Jesús. Isaías había escrito: “He aquí a mi siervo... mi elegido en quien se complace mi alma”. Lucas, siguiendo a Marcos, sustituye “siervo” por “hijo”, pero conviene no olvidar el origen. Ser “hijo de Dios” no deberá ser interpretado como privilegio o poder. Esa fue la propuesta de las tentaciones, que Jesús rechazó (4,3-13). Más bien él mismo se definió como quien “no ha venido a ser servido sino a servir” (Mc 10,45). El texto de Isaías continúa precisando en lo que ha de consistir la misión del siervo en el que Dios se complace: “lealmente hará justicia... te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes, para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo al preso y de la cárcel a los que viven en tinieblas”. Con esa misión liberadora le encontraremos identificándose en la sinagoga de Nazaret y realizándola a lo largo de su vida.

La experiencia del bautismo de Jesús desbordó lo que pretendía el “bautismo de conversión” de Juan Bautista. Consistió, más bien, en revelación de Dios como Padre y de Jesús como “hijo/siervo” y “mesías”, en plenitud del Espíritu para la misión. Ya no regresó para quedarse en su aldea de Nazaret, salió a los caminos de Galilea y de Judea para anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios. Así como los magos, después de la “epifanía” en Belén, “se regresaron por otro camino”, Jesús, después de la “epifanía” en el Jordán, regresó “otro”, interiormente transformado por el Espíritu, para asumir un sentido nuevo para su vida. Su bautismo fue más que un ritual religioso. Significó lo que él mismo explicó una noche a Nicodemo: un “nacer de nuevo”, “del agua y del Espíritu” (Jn. 3,3.5) para el Reino de Dios.

La lectura del libro de los Hechos viene a confirmar, en breves palabras de Pedro ante el centurión Cornelio, lo que Jesús había asumido como misión en la experiencia del bautismo: “cómo Dios a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”. Ungido por el Espíritu es lo que designa la palabra “Mesías” y su traducción griega “Cristo”. Su bautismo fue más que un rito. Ungido por Dios para una misión, para hacer el bien, dando vida y liberación. Excelente resumen de su vida.

Nuestro bautismo cristiano no es el de Juan Bautista, sino el de Jesús. Es renacimiento “del agua y del Espíritu” para entrar en la dinámica del Reino de Dios. Nos revela que somos “hijos de Dios”, amados del Padre, habitados por el Espíritu para ser

servidores, al estilo de Jesús, de la vida, de la justicia, de la liberación. Es un sacramento, que en la fe realiza lo que significa. No es un rito mágico de purificación, es iniciación a una vida nueva, al seguimiento de Jesús. Tiene que ser vivido y asumido con la radicalidad y coherencia con que Jesús lo vivió, respondiendo a la situación y expectativas de liberación de nuestro tiempo, como Jesús respondió en el suyo.

Para muchos cristianos, con frecuencia, su bautizo se queda en un rito lejano y oscuro de la infancia, pero no es una fuente de inspiración para su vida adulta como ser humano: como hijo querido de Dios y servidor de sus hermanos, las mujeres y los hombres en sus necesidades y aspiraciones. El bautismo recibido debería marcar nuestra vida y misión en las circunstancias de nuestra sociedad, como a Jesús en las suyas. El bautismo nos inserta en la misión de Jesús para anunciar y acercar el reino de Dios, lo que históricamente se traduce en el servicio a los hermanos para juntos construir un pueblo, tejido en relaciones humanas justas y fraternas. Hoy implica un compromiso por imprimir un sentido y una responsabilidad ética en la actividad económica y política, y una preocupación por el buen cuidado de la naturaleza. A Jesús la experiencia de su bautismo le reveló que su ser Hijo había de vivirlo como servidor de sus hermanos, de una justicia nueva, cuyo criterio fundamental es la solidaridad transformadora de la vida de los pobres en orden a una fraternidad real, sin explotación ni marginación. Nos haría bien revisar y retomar el sentido de nuestro bautismo para plantearnos nuestros proyectos de vida para este año que recién comienza y que lo podamos concluir con mayor alegría. Como Jesús, y siguiendo a Jesús, pasar haciendo el bien y liberando a los oprimidos.

Pienso que esta fiesta del Bautismo de Jesús debería hacer reflexionar a papás y mamás que deciden bautizar a sus pequeños hijos. Asumen la responsabilidad de ir descubriéndoles el sentido y la alegría de haber sido bautizados, y que pueden encontrar en Jesús y su mensaje una clave para ir orientando, según van creciendo, su proyecto de vida.